

La Promesa del Padre: El Nuevo Pacto

Serie:
El Nuevo Pacto -
Parte 1
Abril 14, 1999



*Iglesia Cristiana Verdad
Viviente*
...Proclamando las Buenas Nuevas del Reino!

Dr. Johel LaFaurie

La Promesa del Padre: El Nuevo Pacto

Viviendo en el Poder del Espíritu De Dios

"Pero vosotros, montes de Israel, echaréis vuestras ramas y produciréis vuestro fruto para mi pueblo Israel; porque pronto vendrán. "Pues, he aquí, estoy por vosotros y me volveré a vosotros, y seréis labrados y sembrados. "Multiplicaré hombres en vosotros, toda la casa de Israel, toda ella; y las ciudades serán habitadas, y las ruinas reedificadas. "Multiplicaré en vosotros hombres y animales, y se multiplicarán y serán fecundos. Haré que seáis habitados como lo fuisteis anteriormente y os trataré mejor que al principio; y sabréis que yo soy el Señor... Sí, haré andar hombres sobre vosotros, a mi pueblo Israel. Ellos tomarán posesión de ti, y serás su heredad, y nunca más les privarás de sus hijos." Porque os tomaré de las naciones, os recogeré de todas las tierras y os llevaré a vuestra propia tierra. Entonces os rociaré con agua limpia y quedaréis limpios; de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Además, os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu y haré que andéis en mis estatutos, y que cumpláis cuidadosamente mis ordenanzas. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres; y seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios. Os libraré de todas vuestras inmundicias; llamaré al trigo y lo multiplicaré, y no traeré hambre sobre vosotros. Y multiplicaré el fruto de los árboles y el producto del campo, para que no recibáis más el oprobio del hambre entre las naciones. Entonces os acordaréis de vuestros malos caminos y de vuestras obras que no eran buenas, y os aborreceréis a vosotros mismos por vuestras iniquidades y por vuestras abominaciones."



Ezequiel 36:8-12, 24-31

La Promesa del Padre: Un Corazón Nuevo

“He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.” - Lucas 24:4.

Cuando Jesús se refirió a la promesa del Padre no dijo: “He aquí que yo envió *una* de las promesas de mi Padre”. Algunos comentaristas señalan que hay unas seis mil promesas mientras que otros manifiestan que son alrededor de tres mil. Sin embargo, cualquiera que sea el número, los discípulos del Señor comprendieron perfectamente lo que Él quiso decir al señalar: “Yo enviaré *la* promesa de mi Padre”.

Hoy día podemos comprender y conocer cuál es la promesa del Padre, porque la Escritura nos habla de manera clara y definida sobre la misma. Sin embargo nosotros tenemos problemas, aun cuando la Biblia se refiere a la promesa desde el libro de Génesis hasta llegar al de Malaquías. Si le hubiera preguntado a cualquier judío cuál era el significado de esto, él se lo hubiera podido explicar. Pero nosotros, hemos creado tantos problemas y doctrinas que no sabemos dónde encaja una doctrina o cuando empieza una y concluye otra. Por lo tanto, a fin de poder comprender la promesa, es necesario que nos remontemos hasta Adán y Eva.

Algunos dicen que si Adán y Eva no hubieran caído, nosotros estaríamos gozando de otra clase de vida. Y no falta quien diga con melancolía: -¡Oh, si yo hubiera sido tan inocente como Adán!- Es cierto, Adán fue inocente, pero fracasó. La inocencia no garantiza el éxito. Si Adán y Eva no hubieran fracasado, tal vez Caín, Abel o algún otro lo hubiera hecho, por cuanto el hombre fue hecho con capacidad para fracasar. Cuando Dios hizo al hombre, sabía que fracasaría, pero en este fiasco Dios tenía un propósito: glorificarse a sí mismo de la nada.

Antes de la caída de Adán y Eva, Dios les había dicho que no podían comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y el mal, pero desobedecieron. Por su desobediencia llegaron a estar conscientes del bien y del mal y esto los condujo a elegir qué era lo que harían. Pero el hombre era tan débil que no podía hacer el bien y olvidarse del mal. Debido a su fracaso su conciencia lo condenaba continuamente.

¿Qué es lo que puede hacer el hombre? - gemía -. ¿Cómo puedo agradar a Dios?- Sé cual es el buen camino y también conozco el mal camino. Quiero hacer lo correcto, pero no lo hago. Oh Dios, ¡esto no es vida! ¿Cómo podré hacer frente a tus requerimientos?”

Fue así que Dios mandó la Ley por medio de Moisés; esta ley era la Palabra escrita. Con todos sus mandamientos, sus cosas positivas y también las negativas, era sencilla y poderosa. La gente iba a la piedra para tratar de hallar consuelo en

ella. La leían, siempre contenía los mismos requerimientos, los mandamientos. Y aun así continuaban en sus fracasos, con los mismos problemas. Realmente querían cumplir con los requerimientos de Dios y vivir una vida santa, pero no podían. Era como si no obstante cuánto hicieran o cuán arduamente se esforzaran, nunca podrían vivir una vida agradable delante de Dios.

Porque el propósito de la Ley santa para el pecador es convencerlo de pecado, convencerlo de que no puede someterse a los preceptos de Dios ya que esta muerto o ajeno de la vida y gloria de Dios.

“¿Entonces qué? ¿Somos nosotros mejores que ellos? De ninguna manera; porque ya hemos denunciado que tanto judíos como griegos están todos bajo pecado; como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios; todos se han desviado, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta, engañan de continuo con su lengua, veneno de serpientes hay bajo sus labios; llena está su boca de maldición y amargura; sus pies son veloces para derramar sangre; destrucción y miseria hay en sus caminos, y la senda de paz no han conocido. No hay temor de Dios delante de sus ojos. Ahora bien, sabemos que cuanto dice la ley, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se calle y todo el mundo sea hecho responsable ante Dios; porque por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de El; pues por medio de la ley viene el conocimiento del pecado. Pero ahora, aparte de la ley, la justicia de Dios ha sido manifestada, atestiguada por la ley y los profetas; es decir, la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen; porque no hay distinción; por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia por medio de la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios exhibió públicamente como propiciación por su sangre a través de la fe, a fin de demostrar su justicia, porque en su tolerancia Dios pasó por alto los pecados cometidos anteriormente, para demostrar en este tiempo su justicia, a fin de que El sea justo y sea el que justifica al que tiene fe en Jesús”
- Romanos 3:9-26.

Fue así que Dios prometió hacer algo para ayudar a Su pueblo. Esta promesa está en toda la Escritura. Toda la Biblia se basa en al Promesa del Padre.

Veamos lo que Dios promete en Jeremías 31:31-34:

“He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque yo fue un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.”

Dios señaló que hay una gran diferencia entre “ser gobernado externamente” y “ser instado interiormente.” Es posible que esta ilustración nos ayude a comprender. Cuando la madre le dice a sus hijas que se ocupen de los quehaceres de la casa, las jóvenes ponen reparo; no quieren que se las obligue a hacer algo. Pero el día que reciben por primera vez la visita del novio en su casa, están prontas para hacer cualquier cosa que les pida su madre. El cambio se debe a que ahora tienen una motivación interior.

Así es cómo Dios quiere que le sirvamos: voluntariamente, con animo pronto, con delicia. Los 10 mandamientos, por si solos, sin el poder del Espíritu Santo, sin embargo, son un pálido reflejo de la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es mucho más que eso. Aun el más riguroso cumplimiento de la ley divina no exalta a Dios, porque su pueblo lo está sirviendo por obligación, por fuerza. Las personas que sirven a Dios a causa de la letra de la Ley, que los obliga a hacerlo, aun se encuentran bajo el viejo pacto, dependiendo de sus propios esfuerzos. No han aprendido nada tocante al nuevo pacto.

La mayoría de los creyentes hoy día continúan viviendo debajo del viejo pacto. Dicen: “He *tratado* de hacer esto o aquello. Yo me esfuerzo por agradar a Dios.” Con sus palabras están afirmando que no pueden hacer lo que está bien. Los tales viven bajo condenación. Aun cuando cantan, alaban y personalmente pertenecen al pueblo de Dios, conservan grandes dudas y se ven acosados por problemas y luchas. En la reunión congregacional son un ejemplo, pero si uno los visita en sus hogares no tardará en darse cuenta de cuál es su problema: su relación con Dios es superficial y limitada a lo externo, ya que su vida y su hogar no reina el Señor Jesucristo. Viven bajo el viejo pacto.

Algunos piensan que el viejo pacto es el Antiguo Testamento y que el nuevo pacto es el Nuevo Testamento. Están equivocados. El viejo pacto es la ley escrita en piedras, mientras que el nuevo pacto es la ley escrita no en el antiguo corazón, sino en uno nuevo.

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.” Ezequiel 36:27

Note que Dios no dijo: “Voy a darles un nuevo código de éticas, una nueva lista de mandamientos”. No, dijo que nos daría un *corazón nuevo*, y dentro del cual Él derramaría abundantemente de Su Espíritu Santo con el propósito de andar u obedecer la Ley de Dios, con el propósito de hacer su voluntad, con el propósito de llevar mucho fruto al hacer Sus Obras Santas.

La meta del Nuevo Pacto es llevarnos a la madures perfecta, a la unidad perfecta, a la plenitud de vida según Dios, a la estatura del Varón Perfecto Jesucristo. ¡Que preciosa promesa y que grande realidad! Este es el mensaje de los discípulos del Reino: La vida del Reino, Dios con nosotros.

Esto no es algo que podamos hacer por nosotros mismos. El que aprendamos de memoria los mandamientos divinos, no significa que los tengamos dentro del corazón. Bajo el viejo pacto el hombre había aprendido los mandamientos de Dios, pero aun así no pudo cumplirlos. Hoy en día algunos siguen usando su corazón viejo aun cuando tienen a su disposición un corazón nuevo, que les fuera impartido en el momento de su conversión.

Es con el corazón nuevo, con la palabra de Dios cimentada dentro de él mismo, que el hombre puede finalmente hacer frente a los requerimientos divinos. Es solamente mediante la gracia de Dios que puede lograrlo. No es una gracia posicional o teórica, sino que es una gracia práctica. Es una relación dinámica con Dios mientras que impulsados por su Espíritu Santo, Él hace que caminemos en su voluntad.

Debemos tener presente que el viejo pacto está basado en leyes escritas que tienen que *obedecerse*, mientras que el nuevo se basa en recibir el Espíritu Santo, quien es una Persona que debe seguirse. Cuando usted alcance a comprender esto será la persona más dichosa del mundo y además vivirá una vida nueva.

Ya estaba el código de leyes dado pero faltaba el corazón y el poder del Espíritu Santo dentro del creyente. Ese es el Nuevo Pacto, tomar la ley vigente y ponerla ya no en una piedra sino dentro de un nuevo material - nuestro corazón. Lo que cambió no fue el mensaje ni el Mensajero, sino el lugar donde se escribió el antiguo mensaje. Por ello Cristo dijo que no vino a abrogar la Ley sino a cumplirla. El vino a tomar la ley antigua dada al hombre incapaz de cumplirla por sí mismo, y la demostró y la enseñó a sus discípulos. El era el Nuevo Pacto en persona – Dios dentro del hombre llevándolo a obedecer Su voluntad.

El Espíritu Santo no es parte de la voluntad de Dios, sino que es toda su voluntad. En el día de Pentecostés, Pedro no recibió un nuevo rollo con nuevos versículos y nuevos mandamientos. No tanto él como los otros discípulos recibieron el Espíritu de la Promesa del padre, tal como había prometido Jesús.

En muchas oportunidades el Señor había hecho referencia a la promesa. En Juan 14:26 leemos: *“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho”*. Cuando recibieron el Espíritu Santo sus vidas fueron cambiadas. Empezaron a vivir una vida por encima de aquello de demandaba la Ley. ¡Qué glorioso!

Los discípulos comenzaron a compartir cosas unos con otros, principiaron a amarse unos a otros, a gozarse cuando padecían persecución. No poseían Biblias ni tampoco material para la Escuela Dominical, o grabadoras. Contaban tan solamente con aquello que Dios les daba: una fe cimentada, una fe interior, que los hacía andar en los caminos de Dios. Por eso podían cantar mientras se encontraban presos, aun cuando habían sido golpeados y encadenados.

Veamos cuál era el significado de tener un corazón nuevo en la Iglesia Primitiva.

“...sois carta de cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón. Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios; no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica.” - II Cor. 3:3-6

Tanto usted como yo somos cartas de Cristo al mundo, cartas escritas con el Espíritu Santo. Esa es la Promesa del Padre.

Solamente siendo ministros del Nuevo Pacto podremos escribir cartas del Espíritu. Si somos ministros del viejo pacto podremos escribir solamente en papel o en la mente, no en nuestros corazones. Cualquier Seminario o Escuela Bíblica puede hacer ministros de la letra o del viejo pacto, pero solamente Dios puede formar ministros del Espíritu en el Nuevo Pacto. El ministerio del Espíritu es dar el Espíritu. No es decir: “Mire lo que dice la Ley y hágalo”.

Cada creyente debería preguntarse: “¿Qué es lo que estoy ministrando? ¿Estaré ministrando la letra que mata o el Espíritu que da vida? Yo tengo que confesar que durante muchos años mate a la gente por cuanto con la letra tenía un ministerio de condenación. Aun cuando era sincero y hacía lo mejor que podía, la mayor parte de mi ministerio era tan solamente del viejo pacto.

Si ministramos la letra de la ley, matamos o condenamos, en cambio si ministramos el Espíritu damos vida a la gente. Les proporcionamos los medios con los cuales puedan hacer la voluntad de Dios. Esta es la gran bendición de la Promesa del Padre: El Espíritu Santo en nuestros corazones.

La Promesa del Padre: Un Nuevo Poder

“Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder” 1 Corintios 4:20

Muchas veces parecía que aquel que sabe más versículos bíblicos y el que puede explicarlos mejor, es el predicador más popular o el discípulo más espiritual. Pero no debería ser así. No estoy hablando contra de la Biblia, sino que estoy poniendo esta preciosa Palabra en el lugar donde pueda brillar con mayor intensidad. Si alguien pone una lámpara debajo de una mesa nadie la verá, pero si se la acerca a la vista le quemará. Es necesario colocar la lámpara en el lugar apropiado, donde todos puedan verla. Si ponemos la Biblia debajo de la cama, por ejemplo, estará fuera de lugar. Si la ponemos por encima del Espíritu Santo, no será el lugar donde debe ir. Debemos ubicarla donde Dios quiere que la pongamos. La Biblia es el libro que nos guía a la verdad total. Cuanto más leo las Escrituras tanto más sed siento por aquello de lo cual habla.

El libro santo es un medio, no un fin en sí mismo. Pienso que muchos de nosotros hemos hecho un ídolo de las Escrituras. Si los magos de oriente hubieran adorado la estrella en lugar de adorar a Jesús, hubieran creado un ídolo. La estrella fue nada más que para ayudarlos en su búsqueda; era la sombra de aquello que era verdadero. En algunas ediciones del Nuevo Testamento vienen “ayudas” para diversas circunstancias. “Si necesita consuelo, lea el Salmo 23”, “Si está atravesando por momentos difíciles, lea el Salmo 46”. *¡Ministros del viejo pacto!*

Nosotros damos una sombra de la realidad, Pablo, en cambio, dio la realidad de la cual la sombra hablaba (Hebreos 10:1 *“Pues ya que la ley sólo tiene la sombra de los bienes futuros y no la forma misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que ellos ofrecen continuamente año tras año, hacer perfectos a los que se acercan.”*). Podemos ser ministros de la sombra o de la realidad. Si seguimos la sombra llegaremos a lo real. Si seguimos las enseñanzas de la Escritura llegaremos a lo real. Debemos ser ministros del Espíritu. Es necesario que ministremos realidad. Si citamos un versículo que hable *acerca* de la paz, estamos ministrando la sombra, pero si *damos* paz, estaremos ministrando lo auténtico. El ministrar lo genuino es posible cuando seguimos al Espíritu.

El Nuevo Pacto en vez de *hablar* sobre amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, nos da la realidad; es mucho más que el Antiguo Pacto. Es más, por cuanto el amor es el cumplimiento de la ley. El Nuevo Pacto o el Poder del Espíritu Santo me capacita para dar el fruto de la Ley: el Amor bíblico. Si posee amor tiene también el resto del fruto. El fruto del Espíritu es el fruto del Nuevo Pacto. Si nosotros tan *solamente* hablamos acerca de paz o *hablamos* respecto del amor, si meramente proporcionamos algunos versículos de la Escritura tocante a esas cosas, en realidad estamos ministrando la sombra de la paz y el amor o viejo pacto. Pero si *damos* paz y *damos* amor, estaremos dando la realidad de esas cosas o nuevo pacto.

Esa es la diferencia entre el viejo y el nuevo pacto. La letra es la sombra de la realidad; el Espíritu *es* la realidad. Bajo el viejo pacto la realidad estaba detrás del velo. Así estaba el Arca del Pacto, y en el Arca estaba la vara de Aarón; aquella vara seca que reverdeció y dio fruto que representa el restablecimiento de la autoridad del nuevo pacto. También detrás del velo, dentro del Arca del Pacto estaban las tablas de la Ley, indicando que estaban lejos de la capacidad del hombre caído, y lejos de su revelación. Pero en el Nuevo Pacto, por la muerte de Jesús que pagó el Justo Precio delante de Dios por nuestra Redención, la Ley, que

es el estándar de moralidad y santidad de Dios, no esta mas lejos ni velada sino revelada y escrita en el corazón del creyente. De igual manera, detrás del velo y dentro del Arca de Pacto estaba el Pan de la Proposición que era símbolo de la vida y sustento de Dios, pero hoy en día gozamos de la realidad que Jesucristo es el Pan de Vida que descendió del cielo, y todo aquel que come de Él disfruta de la vida de Dios, una vida alta, una vida de calidad, la vida del Reino. ¡Gloria a Dios por la realidad del Nuevo Pacto!

“No tocar; Pintura fresca.” Esa es la ley, pero nosotros no podemos dejar de tocar para ver si es realmente pintura fresca. La ley dice: “Prohibido arrojar basura”, pero nosotros arrojamos basura. La ley es buena, pero no impide que hagamos lo que nos place. Pero el Espíritu Santo nos capacita para cumplir la ley del nuevo Pacto con delicia interna.

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne: para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.” - Romanos 8:1-4

Este es el nuevo pacto. Si usted quiere seguir con el viejo pacto es asunto suyo. Pero estos son días cuando el Espíritu Santo está ocupado en la restauración de la autoridad del nuevo pacto. La autoridad o supremacía de Cristo está volviendo a restablecerse en la Iglesia. Él siempre fue la Cabeza, pero nosotros no siempre estuvimos unidos a Él como Cuerpo. La alabanza está siendo restablecida y la adoración también. Los dones del Espíritu nuevamente se están manifestando, pero lo más grande que está volviendo a restablecerse es la Promesa del Padre en su plenitud: Vivir la plenitud del Nuevo Pacto por la Persona del Espíritu Santo. Ahora le puedo llamar a Dios: Mi Padre. Ahora gozo de relación íntima con Él. Ya no es letra sino relación.

Es necesario que hablemos las palabras que son espíritu y vida y no meramente repitamos la palabra escrita. La Palabra se cumple cuando el nos imparte la vida de eso. Jesús dijo: ***“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua de vida. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en El; pues aún no había venido el Espíritu santo”***

(Juan 7:38,39). Esa es la Promesa del Padre. Es en el *interior* donde está la fuente de vida y no en la lectura solamente y el tratar de cumplir las Escrituras por nuestra fuerza de voluntad.

La iglesia contemporánea ha predicado y propagado el nuevo pacto como una simple experiencia con el Espíritu Santo. Pero Dios es más que una experiencia de hablar en lenguas o una simple profecía o un momento de estasis espiritual; Dios busca habitar con Su pueblo de día y de noche, estar envuelto en todas sus decisiones, dirigir sus vidas según el camino de santidad, justicia y verdad. Esto es lo que significa: “Yo seré tu Dios, y tu serás mi pueblo”. Una cosa es buscar un vaso con agua y otra es tener los ríos de agua dentro de uno: el Nuevo Pacto.

La plenitud de la Promesa del Padre es más que el “pequeño” bautismo en el Espíritu Santo que hemos heredado de nuestros amados hermanos Pentecostales. En los primeros días de este siglo el Espíritu Santo una vez más empezó a manifestarse en la Iglesia y los Pentecostales se juntaron para hacer una declaración de fe. Institucionalizaron una experiencia que recién estaba siendo restaurada. Dijeron algo más o menos así, (refiriéndose a su iglesia): “Nosotros creemos en el Bautismo en el Espíritu santo según Hechos 2:4”. Si usted cree solamente Hechos 2:4, recibirá solamente hechos 2:4. ¿Y qué hay de los versículos 5,6,7,8,31,32 y 33? ¿Qué me dice acerca de compartir, vender, etc.? Nuestro problema es que a esos versículos no les prestamos mucha atención. Hechos 2:4 es meramente una pequeña porción de lo que es en realidad la Promesa del Padre.

Es un hecho que no se puede negar, que en lo que va de este siglo, Dios usó a la iglesia Pentecostal. Es de todos conocido que es la denominación que crece más rápidamente en números de convertidos (no discípulos del Reino necesariamente) en toda la América Latina. Fue esta denominación que sacó a la luz algo que por muchísimo tiempo había estado oculto y además hace énfasis en el hecho de que los dones del Espíritu son algo para la iglesia contemporánea.

Pero lo trágico es cuando alguien al hacer de una doctrina una denominación pierde las otras doctrinas, por cuanto la verdad reside en Jesús y toda la iglesia y no solamente en un sector de ésta. Jesús facilita a cada dirigente de la Iglesia una pieza del rompecabezas. Si cada uno de los que tiene una pieza de ese rompecabezas se unen, entonces se podrá ver todo el cuadro. Pero aquel que recibe una experiencia y de la misma funda una denominación, ha equivocado el camino. La Iglesia Católica cometió una tremenda equivocación al expulsar Martín Lutero.

Si le hubiera escuchado, toda la Iglesia Católica hubiera podido ser renovada. ¿Cuántos fieles hijos a su iglesia madre han sido arrojados de su seno porque estaba siendo usado por Dios para restaurar una verdad santa?

Sin embargo, nosotros los así llamados evangélicos, hacemos lo mismo. Contamos como pertenecientes a los nuestros solamente a los que piensan como nosotros. Pero, permítame hacer énfasis en algo: si la Iglesia Pentecostal hubiera hecho tanto énfasis en la propagación del amor como recalcó el hablar en lenguas, la historia de este siglo sería diferente. Si la Iglesia Pentecostal, con el éxito tenido en especial en los países del llamado Tercer Mundo, hubiera puesto su énfasis en el fruto del Espíritu, según se indica en Gálatas 5:22, 23, como lo puso en el don de lenguas, todo el mundo hubiera sufrido un cambio para mejor.

Comenzamos en el Espíritu, pero acabamos en la letra y lo que es peor, nos hemos distanciado unos a otros. Entonces, ¿qué es el “pequeño” bautismo en el Espíritu santo en contraste con la Promesa del Padre? Adoramos al Señor en lenguas, eso es bueno, pero aun así no es la Promesa del Padre. La experiencia que tuvimos es como el internarse en un río con el agua llegándonos hasta los tobillos. Lógicamente aquellos que viven en un desierto espiritual, que se encuentran secos, sedientos de agua durante años y años, cuando apenas están vadeando el agua creen que es la plenitud. Y se quedan allí. Cuando les decimos a nuestros hijos: “Vamos al río”, estamos significando que vamos a la orilla del río. Pero cuando es Dios el que dice: “Vamos al río”, nos está diciendo que nos metamos dentro del río.

Sucede algunas veces que viene un evangelista y chapotea un poco en esa agua. Nosotros nos mojamos y gritamos “¡Avivamiento! ¡Avivamiento!” Pero cuando el evangelista se va, volvemos a estar con el agua que apenas nos moja los tobillos. Ya hemos tenido muchas de esas experiencias. Ahora, empero, es necesario que entremos en el río hasta que no hallemos fondo, hasta que el río nos arrastre. El río de Dios nos lleva aguas adentro porque ese es el curso seguido por Dios. En la actualidad *nosotros* somos los que en muchas maneras estamos dirigiendo al Espíritu, es porque todavía tocamos fondo, lo que nos hace posible ir donde queremos. Pero cuando estemos metidos en aguas profundas, el río será quién nos llevará por donde él quiere. Ese río es el nuevo pacto, según Ezequiel 47:3-9,12:

“Cuando el hombre salió hacia el oriente con un cordel en la mano, midió mil codos, y me hizo pasar por las aguas, con el agua {hasta} los tobillos. Midió otros

mil, y me hizo pasar por las aguas, con el agua hasta las rodillas. De nuevo midió {otros} mil y me hizo pasar por las aguas, con el agua hasta la cintura. Y midió {otros} mil; {y ya era} un río que yo no pude vadear, porque las aguas habían crecido, aguas {que tenían que pasarse} a nado, un río que no se podía vadear. Entonces me dijo: ¿Has visto, hijo de hombre? Me llevó y me hizo volver a la orilla del río. Y cuando volví, he aquí, en la orilla del río {había} muchísimos árboles a uno y otro lado. Y me dijo: Estas aguas salen hacia la región oriental y descienden al Arabá; luego siguen hacia el mar y desembocan en el mar; entonces las aguas {del mar} quedan purificadas. Y sucederá que dondequiera que pase el río, todo ser viviente que en él se mueve, vivirá. Y habrá muchísimos peces, porque estas aguas van allá, y {las otras} son purificadas; así vivirá todo por donde pase el río. Junto al río, en su orilla, a uno y otro lado, crecerán toda {clase de} árboles {que den fruto} para comer. Sus hojas no se marchitarán, ni faltará su fruto. Cada mes darán fruto porque sus aguas fluyen del santuario; su fruto será para comer y sus hojas para sanar.”

En la Escritura hay solamente una promesa del Padre: el Espíritu Santo. Todas las otras promesas son tributarias de ésta. Pero, gloria sea a nuestro Señor por cuanto si somos fieles en este “pequeño” o menor bautismo en el Espíritu, Dios hará que podamos disfrutar de toda la Plenitud.